

Capítulo I

La satisfacción de vivir

Hoy, después de una madrugadora y fina lluvia, ha amanecido un día luminoso y radiante característico del mes de mayo, y estoy vagando sin rumbo fijo, con la cachaza y la parsimonia del que por fin ha comprendido que lo importante de la vida es el viaje y no la meta. Deambulando como tantas otras jornadas desde hace ya poco más de un lustro. Un día más de estos seis años que estoy en el Paraíso, porque el Paraíso está aquí —los ricos bien lo saben—; lo que ocurre es, que al igual que los árboles no nos dejan ver el bosque, la mayoría de las personas comunes, cansadas y agobiadas de trabajos y obligaciones, no podemos percibirlo en todo su esplendor. Una etapa de paz y serenidad en que he descubierto el verdadero sentido de la existencia; tarde, pero a tiempo, un secreto oculto por lo evidente y que no pasan por alto ni los monos macacos de Gibraltar. He aquí el gran misterio de la vida: el verdadero placer de los dioses consiste en ignorar los problemas del mundo durante unas horas y rascarse las pelotas al sol con el estómago lleno. Todo lo demás solo son sucedáneos, placeres menores de simples mortales.

Estoy saboreando ahora el merecido descanso del guerrero y gozando del dulce paseo matutino por las inmediaciones de mi barrio. Orgulloso y satisfecho de haber alcanzado otro de los objetivos que han supuesto, a lo largo de mi recorrido vital, uno de los motores que impulsan mi vida. Y no es otro que cierta tranquilidad económica, tiempo libre y una buena provisión de libros.

Si de niño fui un príncipe del río y de la playa, de mayor me siento el rey de los parques y los jardines. Perdido por unas agradables horas entre la floresta de las extensas zonas verdes que conforman los parques porteños de los jardines del antiguo sanatorio de *AHV* junto al más moderno del Triángulo Umbral, voy repartiendo saludos a derecha e izquierda, combinados con palabras amables, y también algunos besos a las amigas que me cruzo por el camino, besos de cariño que son la energía que carga las pilas de la gente mayor. De las personas con «juventud acumulada», que suele decir mi amigo Jokin González de radio *Onda Vasca*. Un personaje entrañable de las ondas, inteligente, híper-simpático y bonachón que, micrófono en mano, dedica su tiempo y sus energías a hacer más llevadera la vida de las personas, especialmente, de la tercera edad. Jokin es el antónimo de «sinsorgo» por definición. Sinsorgo (persona insustancial y de poca formalidad) es una palabreja derivada del euskera que le gusta emplear bastante a menudo, y que me ha contagiado a mí, hasta formar parte de mi vocabulario. Besos amables repartidos por doquier, que son

el combustible que mueve el corazón de las personas de bien. Muestras de amistad y cariño que, llegado el otoño de la existencia, nos reconfortan y nos mantienen conectados a la vida social y nos sitúan al margen de la excluyente y triste soledad.

Esta pasada noche ha llovido sobre el cuidado césped, de donde brotan efluvios de pura naturaleza enredados entre las perlas líquidas y transparentes que se balancean juguetonas en los tallos de la hierba recién cortada. Tocado con sombrero panamá y parapetado tras grandes gafas oscuras, voy echando un pulso al matutino sol de Levante y camino despreocupado e indolente, saboreando la vida ociosa y disfrutando —como solo es capaz de hacerlo un jubilado— con todos los sentidos de la vida contemplativa y los armoniosos trinos que los descarados pájaros cantores lanzan al viento desde las altas copas de los árboles, impregnado de sol y polen, y de los deslumbrantes colores y las fragancias embriagadoras de una espléndida mañana de la esperada primavera mediterránea, que cual la diosa Perséfone, fiel a su cita anual con la «Cámara de las Horas», va derramando generosamente a mi paso.

Precisamente, al pasar junto a la verja del antiguo sanatorio de *AHV*, reparo en unos pasquines a todo color que al instante me devuelven al mundo real y, de súbito, me encuentro con los pies en la tierra. Se trata de unos carteles que se encuentran adosados a los pilares del pórtico de entrada al Centro Cívico, y que anuncian en grandes

caracteres la exposición «1917-2017 Un Siglo Forjando un Pueblo», que desde hace unos días y por unas semanas, en horario de tarde, se lleva a cabo en el interior de dicho centro.

Ya por la tarde, la primera sorpresa me aguarda en el amplio vestíbulo del centro municipal, hoy dedicado a la docencia y la expansión de la cultura. En un rincón de la amplia sala, y rodeado de curiosos de ambos sexos de todas las edades, se encuentra una maravillosa y fiel réplica a escala 1:15 del tren de laminación *Blooming-Slabbing*, un excelente y costoso trabajo (14.000 horas) efectuado en 1947 por los alumnos de la famosa Escuela de Aprendices de *AHV* que, ya por aquellos años, formaba una de las mejores promociones de mecánicos ajustadores de toda España, o quizás, de Europa.

La visión de la fiel reproducción en miniatura del *Blooming* provoca en mí unos sentimientos encontrados que me retrotraen a mis años mozos, a unos tiempos no sé muy bien si mejores o peores, pero eso sí, más divertidos, difíciles y auténticos, totalmente diferentes a todo lo actual. Luego de un buen rato de observar a un hombre mayor, antiguo encargado de laminación, manipular con gran destreza los mandos de la consola que hacen funcionar el logrado juguete, mis pasos se encaminan hacia las escaleras que conducen a la primera planta, donde se ubica la sala de exposiciones, a la vez que en mi cabeza repican con insistencia una sucesión de imágenes

retrospectivas, girando alrededor del desaparecido *Blooming* auténtico. El real, el gigantesco tren ubicado en la cabecera del departamento de laminación, en el que tanta gente, fijos y de contrata, dejamos para siempre entre sus lubricados engranajes y sus rodillos poderosos testimonios y evidencias de duro trabajo, sudor y sangre, jirones de piel y muchas, muchas horas de nuestras vidas.

El definitivo regreso al pasado se produce al penetrar en la sala donde se encuentra la explícita y detallada maqueta de la antigua siderúrgica de *AHV* reflejada al completo, llamada —en lenguaje coloquial— por todos los porteños «La Fábrica». En principio, al contemplarla en toda su aparatosa extensión, me siento un poco como el asesino que regresa al escenario del crimen. Como el perdido y desconcertado emigrante que, después de toda una vida ausente, retorna al pago que le vio nacer. Ahí estoy yo, asomado al incierto abismo de la dicotomía vital de los recuerdos y las lagunas de la mente. Fuera de mi cuerpo actual, alojado en el espíritu de un alegre joven de veinticinco años, sobrevolando las viejas instalaciones, solapado en el ciclo de un *Euróboro* constante que une pasado con presente y me permite, una vez más, contemplar extasiado todos los departamentos fabriles ya desaparecidos, los hornos, las naves, los trenes, las tranquilas aguas del puerto... y flotando sobre ellas, indolentes, los viejos gánguiles de recoger los lodos, la gastada draga de noria de cangilones *Valencia* y el extenuado barco remolcador *Provenzal*. Todos

ellos, mudos, callados, desprovistos de recuerdos y memoria, varados inertes en el profundo pozo del olvido, quizás ignorando que yo mismo, al mando de un puñado de amigos que formábamos un formidable grupo de trabajo a la vez que un inolvidable equipo humano, hace cuatro décadas y media, fuimos los encargados de dar «matarile» a esos viejos barcos cansados, y el inmisericorde verdugo que los desguazó allí mismo, al pie del dique donde pocos años antes estuvo situado el viejo y emblemático «montacargas», el formidable cargadero de mineral de hierro perteneciente a la *CMSM (Compañía Minera de Sierra Menera)*. Tal cual, sin contar con las instalaciones adecuadas ni medios especiales. A capela. Poco antes —cual caballo de Atila—, también habíamos despedazado, a golpe de soplete, la vieja y entrañable grúa holandesa emplazada en el muelle sureste del parque de minerales.

Una vez saturados los ojos y la mente de extrañas sensaciones, recobro el recuerdo de la imagen de la fábrica y el puerto con estampas fieles, explícitas y evocadoras de mis años de juventud.

Hace unos meses, un grupo de curiosos e inquietos amigos y compañeros, decidimos completar la preciosa experiencia viajando hasta las abandonadas instalaciones de la antigua *Compañía Minera de Sierra Menera* junto a las minas de Ojos Negros (Teruel) y Setiles (Guadalajara), que en su día

surtieran de mineral de hierro a la, en un principio, Compañía Siderúrgica del Mediterráneo.

A nuestra llegada al antiguo y solitario Barrio Minero fuimos recibidos por Juan Antonio, un genuino arquetipo del heroico y duro minero turolense, un primo hermano de los fundidores porteños, un topo excavador de las montañas de hierro de Ojos Negros y Setiles. Juan Antonio es hoy un atento y simpático concejal del ayuntamiento que, previa cita concertada con anterioridad, nos sirvió de guía y cicerone por los grupos de casitas de los trabajadores; por el economato, donde todavía perduran colgadas de sus paredes las pizarras, marcando los variados artículos y sus precios vigentes —en pesetas— de 1986, año en que dejó de estar operativo. Por las instalaciones culturales y lúdicas del casino de productores, donde destaca, semiderruido, un gran salón de teatro-cine en el que se conservan en perfecto estado dos modernos y estupendos proyectores de cinematógrafo, los cuales milagrosamente han escapado a la codicia de los saqueadores. Por la iglesia, a la que, por cierto, su campanario central le da un cierto aire a la iglesia de Begoña de nuestro pueblo; así como por la ajardinada colonia de chalets de los directivos de la explotación minera, pues se asemeja al modelo de la Ciudad Jardín de la Gerencia, donde al parecer fue trasladado el criterio arquitectónico, y que sirvió de residencia oficial de los altos cargos de *AHV* en el emergente pueblo del Puerto de Sagunto. Finalizamos la jornada visitando la mina abierta, sin olvidarnos de subir

a las montañas ferruginosas, sin que quedase un solo rincón oculto a nuestra curiosidad de viajeros. Es decir, todos menos uno; puesto que al guía se le olvidó la llave de acceso al edificio del antiguo hospital, unas instalaciones habilitadas en los buenos tiempos como residencia de los trabajadores de las subcontratas que esporádicamente se desplazaban desde el Puerto de Sagunto, con la misión específica de reparar el normal y evidente desgaste producido por el uso de las cintas transportadoras, tolvas y equipos en general. No ver el interior del viejo hospital-residencia supuso para nosotros un pequeño contratiempo, y especialmente, para mí, ya que tengo un interés especial por visitar el lugar donde murió en extrañas circunstancias un conocido contratista amigo nuestro, llamado Armando M.

Armando M. fue un antiguo trabajador de la plantilla de la misma *Compañía Minera de Sierra Menera*, que al darse de baja en ella, merced a sus contactos a nivel de altas esferas siguió prestando sus servicios en ella en calidad de proveedor de mano de obra especializada en reparaciones mecánicas. Un modesto micro-empresario, un autónomo al frente de un puñado de profesionales contratados para desarrollar un trabajo determinado y temporal, que a la postre le costaría la vida de forma un tanto opaca. Casi todas las historias tienen su lado oscuro; y esta no podía ser menos. Cuenta la versión oficial que Armando murió de un infarto mientras

tomaba una ducha en los aseos del antiguo hospital, habilitado como residencia de su propio equipo de reparaciones. No por el hecho de la muerte del jefe se suspendieron los contratos con *Menera*. La empresa quedó en manos de la viuda y el hijo del malogrado Armando, y los trabajos siguieron adelante con toda normalidad. Después de las peores tragedias, la vida sigue para los que se quedan en este valle de lágrimas. Dicho en lenguaje coloquial: el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Poco después, se volvió a dar un nuevo caso en el mismo cuarto de aseo donde se dejara la vida Armando. Un grupo de compañeros se encontraba jugando una partida de cartas mientras llegaba la hora de la cena. Esperaban impacientes para reanudar el juego a que volviera uno de los jugadores, que presa de un apretón de tripas había salido disparado, unos minutos antes, en dirección al baño. Como quiera que se retrasaba más de lo normal, José, uno de los mirones que se limitaba a observar la partida, callar y repartir tabaco, mosqueado por la tardanza de su compañero, se acercó hasta los aseos, y al comprobar que nadie respondía a sus llamadas, abrió bruscamente la puerta del cuarto, y... espantado, reuló al instante, sofocado por una nube de gas tóxico que flotaba en el ambiente. Tras un momento de duda, penetró resuelto en el cubículo del váter, donde sentado en la taza del inodoro se encontraba desmayado e inconsciente el compañero requerido. Sin pensarlo un segundo, José agarró por debajo de las axilas el cuerpo

inerte de su amigo y lo sacó a rastras al pasillo, a la vez que profería fuertes gritos de auxilio con la intención de alertar a los demás que, alarmados y en tropel, acudieron al momento. Luego de airear la casa mediante la apertura de puertas y ventanas, lograron recuperar y volver a la vida al compañero accidentado, evitando así una nueva tragedia en el mismo escenario donde poco antes murió Armando M.

Inmediatamente el responsable de todo aquello tomó cartas en el asunto, y la primera medida fue proceder a desguazar y hacer desaparecer el viejo calentador de gas, que se afanaron en cambiar por otro nuevo. Y dado que el incidente no tuvo mayores consecuencias, se aseguraron del silencio y discreción de todos los residentes en el viejo hospital habilitado de hotel, y se aplicaron a la tarea de echar tierra sobre el desagradable suceso.

Durante mucho tiempo, los trabajadores afectados por el incidente de la presunta fuga de gas o mala combustión del calentador dentro de un minúsculo habitáculo cerrado y sin ventilación, desprovisto de toda norma de seguridad, más preocupados por ganarse la vida que de emular al teniente Colombo, no prestaron mayor atención a la cosa, y apenas comentaban el hecho; se referían a él como un rumor lejano y difuso. Hoy, cuarenta años después, jubilados y sin temor alguno a posibles represalias, todos los testigos consultados que presenciaron el lance coinciden en confirmar la historia —que aquí se narra— punto por punto.